

Divulgada la prision del rey Francisco, muchos caballeros franceses de los que se habian puesto ó pudieran ponerse en salvo, se dieron voluntariamente á prision de los españoles, ofreciendo grandes rescates y diciendo: «No quiera Dios que

El hijo del bastardo de Saboya.  
Mr. de Brion.  
El gobernador del Limosin.  
El baron de Bierry.  
Mr. de Bonneval.  
El baile de Paris.  
Mr. de Viot.  
Mr. de Charrot.  
El baile de Bugency.  
El señor de la Chartre.  
Mr. de Boissy.  
Mr. de Lorges.  
Mr. de Moni.  
Mr. de Crest.  
Mr. de Guiche.  
Mr. de Montigent.  
Mr. de Saint-Marsault.  
El senescal d'Armaignac.  
El vizconde de Lavedan.  
Mr. de la Claiette.  
Mr. de Poton.  
Mr. de Changy.  
Mr. de Aubijon.  
Mr. d'Annebaut.  
El hijo de Mr. de Tourmon.  
La Roche-Aymond.  
La Roche du Meyne.  
Mr. de Clermont.  
Mr. de Saint-Jean d'Ambornay.  
Mr. de Vatithieu.  
Mr. de Silans.  
Mr. de Boutieres.  
Mr. de Barbesieux.  
El poeta Clemente Marot.

Despojóse al rey prisionero de sus armas, y le fueron enviadas á Carlos V como uno de los mas preciosos trofeos de la victoria. La espada se depositó en el alcázar de Toledo, y la armadura del cuerpo fué llevada á Alemania. En 1806 se conservaba todavía en Inspruck, de donde la recobró en dicho año el príncipe de Neuchatel, y el emperador Napoleón la hizo colocar en el museo de artillería de Paris, donde se enseña todavía. —La espada, cuyo puño en forma de cruz es esmaltado, con adornos de oro en que se distingue la salamandra emblemática, se hallaba en la Armería Real de Madrid, y de aquí la sacó Murat, gran duque de Berg, en 1808, y la hizo trasportar con gran ceremonia á Francia.

Un diario español, en su número del 18 de junio de 1858, inserta los siguientes documentos para probar que aquel rey fué hecho prisionero en Pavía por un tal Joanes de Urbietta, natural de las montañas de Vizcaya. «Francisco por la gracia de Dios rey de Francia: Hacemos saber á todos aquellos á quienes tocase, que Juan de Urbietta, del señor don Hugo de Moncada, fué de los primeros que se hallaron en mi riesgo cuando fuimos presos delante de Pavía, y nos cuidó con todo su poder á salvar la vida en que le estamos en obligacion, y entonces nos pidió diésemos libertad al dicho señor don Hugo su amo, nuestro prisionero: y porque esto es verdad, hemos firmado la presente de nuestra mano, en Pisquion á cuatro días del mes de marzo de 1525.—Francisco.»

Consérvase tambien el testamento del mismo Joanes de Urbietta, otorgado en 22 de agosto de 1553 ante Martin de Percaiztegui, en que hace mención de haber hecho prisionero al rey Francisco de Francia, y verse cruzado caballero de la orden de Santiago, y dotado de muchos bienes con que le premió S. M., y con una divisa y escudo en que se ve cifrada la prision, y corona del timbre de las águilas imperiales, merced que le fué otorgada por real privilegio de 20 de marzo de 1530, otorgada por Francisco de los Cobos, secretario.

El ayuntamiento de Hernani por decreto de 4 de agosto de 1669, mandó renovar la inscripcion y armas del sepulcro de este famoso capitán á expensas de la villa, y en un cuadro al pié de sus armas consagró un elogio que decia así:

*Hoc jacet in templo magnus de Urbietta Joannes,  
Natale Hernani, cui dedit ante Solum.  
Pavie vindex: Gallorum terror: honoris  
Hispani assertor: bellica ad arma potens,  
Gallorum Regem Franciscum foderere belli  
Captivum ducit: res ea Martis opus  
Erigit hoc vita, pariter mortisque tropheum  
Patria; si pietas est tibi, funde preces.*

nosotros volvamos á Francia quedando prisionero nuestro rey.» Todos los jefes imperiales se fueron uno tras otro presentando al prisionero monarca, é hincando ante él la rodilla en señal de acatamiento, y él recibió sucesivamente con buen semblante al marqués de Pescara, al virey Lannoy, al señor de Alarcon y al marqués del Vasto, á quien manifestó los muchos deseos que habia tenido de conocerle, aunque no en aquella situacion. Llegóse por último el duque de Borbon, su pariente, y arrodillado delante de él como todos, «Señor, le dijo, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la necesidad presente, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» Alzó el rey los ojos al cielo, dió un suspiro, y respondió: *Paciencia, duque, pues ventura falta.* Observó el de Pescara que la presencia de Borbon afectaba demasiado al rey y le rogó que se retirara. Hecho esto, caminaron con él hácia Pavía (1).

Al verse á las puertas de la ciudad detuvo su caballo y dijo al marqués de Pescara: «Ruégos, marqués, que vos y estos caballeros me hagais placer de no meterme en Pavía, que seria grande afrenta para mí no haberla podido tomar, y meterme en ella preso.» Pareció á todos muy justo el reparo, y acordaron aposentarle en un monasterio fuera de Pavía. Tratóse á quién habia de encomendarse la guardia de su persona, y el marqués de Pescara expuso que, siendo los españoles á quienes se debia principalmente el premio de la victoria, debia fiarse á don Fernando de Alarcon, jefe de los españoles, con lo cual el emperador se daría por servido, su nacion por honrada, y todos por satisfechos y seguros. Convino en ello, y Alarcon quedó encargado de la persona del rey. Alojado el ejército en las tiendas francesas, llegó un soldado español, llamado Cristóbal Cortesia, llevando prisionero al príncipe de Navarra (2). Presentóse tambien un villano pidiendo albricias por haber muerto al príncipe de Escocia, en testimonio de lo cual enseñaba la rica cadena de oro que el príncipe llevaba al cuello. En efecto, el príncipe escocés habia tomado por guia aquel labriego para fugarse, ofreciéndole una buena paga, y aun hacer su fortuna si queria acompañarle á Escocia, y dándole desde luego aquella preciosa cadena. El villano lo prometió así; mas al llegar á un barranco, le dijo al príncipe que lo atravesara; hundióse desde luego su caballo hasta las cinchas, y entonces el traidor le dió una cuchillada en la cabeza dejándole muerto. Enterado el marqués de Pescara de la felonía del villano, le mandó ahorcar inmediatamente, y envió con mucha solemnidad por el cuerpo del príncipe y le hizo honrosas exequias (3).

Tales fueron los principales incidentes de la famosa batalla de Pavía (24 de febrero, 1525). De ocho á diez mil franceses sucumbieron en el campo al filo de las lanzas imperiales, sin contar otra muchedumbre de ellos que se ahogó en las aguas del Tesino en su ciega y precipitada fuga. Allí pereció la flor

(1) En el camino oyó dichos muy propios del genio y buen humor de los soldados españoles. «Vaya, señor, le decia uno, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.»—«Yo apuesto, decia otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo.»—«A bien, decia otro, que ha caído en manos de la mejor gente del mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba á Mr. de la Motte lo que querian decir, y traducidos los dichos de los soldados se reia de ellos.

Cuéntase que se acercó á él un arcabucero español y le dijo: «Señor, sepa V. A. que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz, las de plata para unos Musiures, y la de oro para Vos; creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun: no topé mas Musiures, y por esto sobraron dos: la de oro veisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.» Dican que el rey la tomó, y dijo al soldado que le agradecia el buen deseo. «Esto, añade el testigo ocular, fué muy reido.»

(2) Este fué puesto en el castillo de Pavía, y habiendo logrado sobornar á un criado del marqués del Vasto que le guardaba, se fugaron los dos juntos y se fueron á Francia.

(3) «Era, dice el autor de la Relacion, de diez y ocho años, y la mas hermosa criatura que jamás vi.»

de la nobleza de Francia, y en aquella jornada debieron acabar los sueños de gloria del rey-caballero y sus arrogantes pretensiones al dominio de Italia. Al divulgarse la noticia del desastre, la pequeña guarnicion de Milan se retiró sin dar tiempo á ser perseguida, y á los quince días no habia en Italia mas franceses que los prisioneros. El defensor de Pavía, Antonio de Leiva, se presentó tambien al rey Francisco, y le besó la mano, oyendo de su boca los justos elogios que tan brillante defensa merecia. Los despojos de la batalla, en vituallas, acémilas, caballos, armas, vestidos, joyas y vajillas fué inmenso, y los vencedores se indemnizaron bien de tantas escaseces y privaciones como habian sufrido.

Al dia siguiente, fué trasladado Francisco I al castillo de Pizzighetone en Lombardia, á orillas del Adda, siempre bajo la salvaguardia del caballero don Fernando de Alarcon. En los primeros momentos escribió Francisco á su madre la duquesa de Angulema, á quien él habia dejado por gobernadora del reino, una carta, de la cual solo han adquirido celebridad (como si mas no le hubiera dicho) aquellas famosas palabras: *Todo se ha perdido menos el honor*; pero no las siguientes, que decian: *y la vida, que se ha salvado: et la vie, qui est sauve* (1).

Por el mismo portador de esta carta, que era el comendador Peñalosa, dirigió otra el rey prisionero al emperador, en la cual le decia: «Sed cierto que no tengo consuelo en mi infortunio, sino es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguere usarla conmigo, vos obrarais como príncipe generoso, y yo os quedaria para siempre obligado... Así pues (añadía), si os placiere tener piedad de mí, dándoos la seguridad que merece la prision de un REY DE FRANCIA, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis hacer una adquisicion, pues en lugar de un prisionero inútil, hariais un rey siempre esclavo vuestro (2).» Al mismo tiempo, y por el mismo conducto escribió Mad. Luisa, madre del rey, al emperador, diciéndole: «Señor, mi buen hijo: desde que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caído en manos del príncipe que mas amo en el mundo; esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él: y en el caso que así sea, tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la cristiandad vuestra amistad y union. Por tanto, os ruego humildemente, señor é hijo mio, que penseis en ello, y mandeis

(1) Vamos á dar una copia exacta de esta célebre carta, que nuestros historiadores no conocieron, y que en las mismas historias modernas de Francia se ha copiado generalmente con poca exactitud. Decia así:

«Madame, pour vous faire sçavoir comme se porte le reste de mon infortune, de toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur, et la vie qui est sauve. Et pour ce que, en vostre adversité, ceste nouvelle vous fera un peu de reconfort, j'ay prié qu'on me laissat vous escrire ceste lettre: ce que l'on m'a aisement accordé, vous suppliant ne vouloir prendre l'extrémité vous mesme, en usant de vostre accoustumée prudence; car j'ay esperance á la fin que Dieu ne m'abandonnera point, vous recommandant vos petits enfans et les miens, et vous suppliant faire donner le passage á ce porteur pour aller et retourner en Espagne, car il va devers l'empereur, pour sçavoir comme il vouldra que je sois traicté.

»Et sur ce va très humblement se recommander á vostre bonne grace,  
»Vostre tres humble et tres obeissant filz,

FRANÇOIS.»

(2) «Pourquoy s'il vous plaist avoir cette honneste pitié de moyenner la seureté que merite la prision d'un roy de France, lequel on veut rendre amy et non desesperé, pource estre seur de faire un acquiet au lieu d'un prisonnier inutile, de rendre un roy á jamais vostre esclave.

»Donques, pour ne vous ennuier plus longuement de ma fascheuse lettre, fera fin, avec humbles recommandations á vostre bonne grace, celuy qui n'a aise que d'attendre qu'il vous plaise le nommer, au lieu de prisonnier.

»Vostre bon frere et amy,

FRANÇOIS.»

Documentos relativos á la cautividad de Francisco I publicados en orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847, pág. 130.

Consta tambien que el rey Francisco tuvo necesidad de recibir un socorro de dinero del alcaide de la fortaleza, y que el virey de Nápoles le prestó una suma, hasta que la reina su madre pudiera librarle algunos fondos.

que sea entre tanto tratado como á vuestra honra y la suya cumple, y permitais que sea servido de modo que pueda yo saber con frecuencia de su salud. Haciéndolo así, os quedará reconocida una madre, á quien vos disteis siempre este nombre, y que otra vez os ruega que ahora en aficion os mostreis padre.—Vuestra muy humilde madre,—LUIZA.»

Recibió el emperador la noticia del suceso de Pavía con una moderacion admirable, y sin ostentar orgullo ni excesiva alegría. Dirigióse á la capilla á dar gracias á Dios, volvió á la sala de la audiencia, donde recibió las felicitaciones de la nobleza española y de los embajadores extranjeros, mostrando condolerse de la adversidad del ilustre prisionero, prohibió que se hiciesen regocijos públicos, que dijo reservaba para el primer triunfo que alcanzara contra los infieles, y contestó á la madre de Francisco I la carta siguiente:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho acerca de la prision del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha plácido permitir, porque espero en su divina providencia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado. Yo envío á Mr. Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su prision esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entre tanto que esto se platica, he dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta lo pedis. Mucha esperanza tengo de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á buen fin, lo cual si así hiciéredes, me echaréis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran provecho.»

Mas de los términos de aquella instruccion y de las largas consecuencias de la derrota y prision de Francisco I en Pavía iremos dando cuenta en otros capitulos.

## CAPÍTULO XI

### Prision de Francisco I en Madrid

DE 1525 Á 1526

Conducta de Carlos V despues de la batalla de Pavía.—Estado del ejército imperial en Italia.—Recelos del papa y de los venecianos.—Firmeza de la reina regente de Francia: medidas para salvar el reino.—Sus tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.—Condiciones que Carlos V exigía á Francisco I como precio de su libertad.—Contestacion de este: mensajes.—Es traído á Madrid.—Desatenciones del emperador con el régio cautivo.—Peligrosa enfermedad de Francisco en la prision.—Visita Carlos.—Nuevo desvío.—Proyecto de fuga.—Abdicacion de Francisco.—Temores del emperador.—Célebre concordia de Madrid entre Carlos V y Francisco I para la libertad de este.—Capítulos del tratado.—Protestas secretas de Francisco.—Pláticas amistosas entre los dos soberanos.—Sale el rey Francisco para Francia.—Casamiento del emperador.—Ceremonial que se observó en el rescate de Francisco I.—Dramática escena en el Bidasoa.—Entra en su reino, y vienen sus hijos en rehenes á España.—No cumple el rey de Francia lo pactado.—Anuncios de graves complicaciones.

Si siempre es difícil obrar del modo mas discreto, mas conveniente y atinado despues de una gran victoria ó de un gran golpe de fortuna, lo era mucho mas para el emperador Car-

los V despues del glorioso y memorable triunfo de sus armas en Pavia. Un príncipe joven, de imaginación ardiente, ávido de gloria y no desnudo de ambición, que se veía el soberano mas poderoso del mundo, halagado por la suerte, con una perspectiva risueña y brillante ante sus ojos, con sus banderas victoriosas en Italia, aprisionado el monarca que se habia presentado como su rival mas temible, y teniendo por aliados, mas ó menos sinceros, á casi todos los príncipes y Estados de Europa, bien necesitaba de prudencia para no faltar á la moderación y templanza que al recibir la fausta nueva habia por lo menos aparentado, para no dejarse fascinar con tanto brillo, para no malograr el fruto de tan próspero suceso, para utilizar el ascendiente que en el mundo le daba, y al propio tiempo para no abusar de la fortuna, para no hacerse sospechoso y no excitar los celos y la envidia de otros príncipes, y no convertir en adversarios á los que, ó con sinceridad, ó por necesidad, ó por política se le habian mostrado amigos.

Dos preguntas suponemos que haría en aquella ocasión todo el mundo. ¿En qué empleará el emperador sus tropas imperiales victoriosas en Pavia? ¿Qué hará del rey prisionero? —Una y otra eran difíciles de resolver, y uno y otro exigía gran pulso de parte del soberano vencedor.

En verdad el suceso de Pavia parecía poner á la Europa entera en riesgo de ser presa del afortunado príncipe cuyo poder ninguno otro era capaz por sí solo de contrarestar. Los Estados de Italia de tal modo se sobresaltaron é intimidaron, que el mismo pontífice Clemente VII, á pesar de su anterior conducta, amenazado por el virey Lannoy, se allanó á pagarle ciento veinte mil ducados por ciertas ventajas que en recompensa debía recibir. El duque de Ferrara satisfizo cincuenta mil, so pretexto de gastos de guerra. Lo mismo hicieron otras repúblicas y señorías; y hasta Venecia ofreció ochenta mil ducados de oro. Francia sin rey, sin tesoro, sin tropas y sin generales, aparecía en peligro de una ruina inminente, y se consideraba casi prisionera como su rey. La consternación era general. Todo, pues, parecía presentarse favorable al emperador y halagar el pensamiento de dominación universal, si en su mente hubiera entrado.

Mas bajo esta apariencia lisonjera se ocultaba mucho de adverso. Las rentas positivas del que tantos dominios poseía eran muy cortas, y el ejército imperial de Italia ascendía á poco mas de veinte mil soldados. De ellos, los alemanes que tan briosamente habian defendido á Pavia, orgullosos y altivos con su victoria y sus servicios, siempre codiciosos de pagas, y prontos á indisciplinarse cuando no se les satisfacían con regularidad, á duras penas se acallaron mientras duró el dinero que Lannoy sacó al papa y á los otros príncipes. Despues, temeroso siempre de que volvieran á amotinarse, el mismo virey tuvo por bien licenciar los cuerpos alemanes é italianos. Apenas pues quedaban fuerzas imperiales en Italia. Por otra parte, recelosos tiempo hacia el papa y los venecianos del engrandecimiento desmedido del emperador, y considerando los mas expuestos á sufrir los efectos de su ilimitado poder, comenzaron á pensar seriamente en los medios de atajar sus progresos y de restablecer el equilibrio que formaba la base de su seguridad. El mismo Enrique VIII de Inglaterra conoció que habia dado demasiado apoyo al emperador, y empezó á discurrir que la superioridad de Carlos podría ser mas peligrosa ó mas fatal á Inglaterra que la de los mismos reyes de Francia sus vecinos; y el cardenal Wolsey, que ni olvidaba ni perdonaba haber sido burlado dos veces por el emperador, no perdía ocasión de apoyar é inculcar estas ideas á su monarca.

De todas estas disposiciones supo aprovecharse bien la madre de Francisco I, que en lugar de abatirse y entregarse á la tristeza por la prision de su hijo, no pensó sino en salvar el reino, ya que tanto en otras ocasiones le habia perjudicado, y lo hizo obrando con la energía y la habilidad de un gran político. Ella se fué inmediatamente á Lyon, á fin de reunir y rehacer mas pronto los restos del destrozado ejército de Italia: envió á Andrés Doria con una flota á buscar al duque de Albania que se hallaba en Civitavecchia, con cuyo auxilio pudo volver á Francia con su hueste poco disminuida: halagó á Enrique VIII, reconociéndose y haciendo que los parlamen-

tos se reconociesen tambien deudores de dos millones de coronas de oro á la Inglaterra á nombre del rey prisionero; y ganó á Venecia y al papa, que reclutaron reservada y silenciosamente hasta diez mil suizos. Todo lo cual se manejaba con tal disimulo, que el papa estaba al mismo tiempo celebrando un pacto simulado con el emperador, y el rey de Inglaterra le enviaba embajadores á Madrid, dándole el parabien por la prosperidad de sus armas: si bien, invocando anteriores conciertos le requería que pusiese en su poder y á su disposición la persona del rey Francisco, y le hacia otras semejantes demandas y proposiciones á que le constaba no habia de acceder, todo para tener un pretexto honroso de ligarse con la Francia. De este modo el emperador en los momentos de mayor prosperidad se veía abandonado de sus antiguos aliados, y todos estudiaban cómo engañarle.

Por lo que hace al rey prisionero, no extrañamos que el emperador vacilara en la conducta que debía observar con él, puesto que el consejo mismo á quien consultó se dividió tambien en tres diversos pareceres. Ciertamente lo mas caballeroso y lo mas galante hubiera sido adoptar el dictámen del obispo de Osma, confesor de su Majestad Imperial, que proponía se pusiese inmediatamente en libertad al cautivo monarca, sin otra condicion que la de que no volviera á hacer la guerra; pero dudamos que si era lo mas noble, hubiera sido tambien lo mas seguro, atendido el carácter del rey Francisco. Prevalció, pues, el dictámen del duque de Alba, que sin oponerse á la libertad del prisionero, quería que antes de otorgársela se sacaran de su situación las condiciones mas ventajosas posibles. Adhirióse á este consejo el emperador, y en su virtud despachó á Mr. de Croy, conde de Roeux, con la carta que transcribimos en el anterior capítulo para la reina madre de Francia, con el encargo de visitar al rey cautivo, y con la instruccion de las condiciones con que podría alcanzar su libertad.

Las principales condiciones que se le imponían, y tambien las mas duras, eran: la restitucion del ducado de Borgoña al emperador, con todas sus tierras, condados y señorías, en los términos que le habia poseído el duque Carlos: la devolucion de la parte de Artois que los reyes de Francia habian tomado á los predecesores del emperador: la cesion del Borbonés, la Provenza y el Delfinado al duque de Borbon, cuyos estados habia de poseer este con el título de rey: que diese al de Inglaterra la parte del territorio francés que decia corresponderle: que renunciara á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milan y demás Estados de Italia (28 de marzo, 1525). Condiciones eran en verdad sobradamente fuertes, y equivalían á exigirle la mutilacion y desmembramiento de la Francia, despojándola de sus mejores provincias.

Indignóse el prisionero al escuchar tales proposiciones. «Decid á vuestro amo, le dijo con voz firme al mensajero, que prefiero morir á comprar mi libertad á tal precio.... Si el emperador quiere recurrir á tratos, es menester que emplee otro lenguaje (1).» Sin embargo, pasada esta primera impresion, todavia el rey Francisco y la reina Luisa su madre dirigieron á Carlos cartas de mensaje, contestando en varios capítulos á las proposiciones del emperador. En ellos accedían á renunciar para siempre toda acción ó derecho que pudiera tener al reino de Nápoles, al ducado de Milan, al señorío de Génova, á las tierras de Flandes y condado de Artois; á restituir al duque de Borbon sus estados y pagar sus pensiones, y aun darle en matrimonio su hija; á costear la mitad del ejército y de la armada, si el emperador quisiese pasar á Italia, ó á hacer la guerra á los infieles, y aun á acompañarle en persona. Pero negábase á la devolucion de la Borgoña y á la cesion de las provincias de Francia, y proponía ciertos enlaces de familia para seguridad de una paz perpetua. Produjo esto contestaciones y réplicas, siendo siempre el principal punto de desavenencia y como la manzana de la discordia lo concerniente al ducado de Borgoña (2).

(1) «Dites à votre maitre, que j'aimeiroys mieux mourir que ce faire... Si l'Empereur veut venir à traités, il fault qu'il parle autre langage.»

(2) Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia. Núm. 59. Instrucciones de

Mientras estas negociaciones corrian, el virey de Nápoles, Carlos de Lannoy, procuró persuadir hábilmente á Francisco que le sería mas ventajoso entenderse personalmente con el emperador, venirse á Madrid, presentarse á él, y dándole esta prueba de confianza sacaría mejor partido y obtendría mas suaves condiciones. Francisco, á cuyo carácter se acomodaban bien estos golpes cabaleroscos, se dejó fácilmente alucinar de las bellas palabras del virey, y accedió á ello.

Sin comunicarlo al emperador y sin revelar sus intenciones ni á Borbon ni á Pescara, preparó Lannoy una flota en Marsella; las naves las suministraba el mismo rey de Francia, y las tropas de la escolta habian de ser españolas (1). So pretexto de trasladar á Francisco á Nápoles para mayor seguridad, fingió Lannoy llevarle por mar hácia Génova; mas luego mandó á los pilotos virar hácia España, y á los pocos dias arribó la escuadrilla al puerto de Rosas en Cataluña (8 de junio). Sorprendió agradablemente á Carlos la nueva de que su ilustre prisionero se hallaba en territorio español, y perdonando que se hubiese hecho sin su mandato á trueque de lisonjear su amor propio dándole en espectáculo á una nación orgullosa, ordenó que se le condujera á Madrid. En Barcelona, en Valencia, en Guadalajara, en Alcalá, en todas las poblaciones del tránsito fué agasajado y festejado el ilustre prisionero. Venían con él el virey Lannoy y el encargado de su custodia don Fernando de Alarcon, y llegado que hubo á Madrid, se le aposentó en la torre de la casa llamada de los Lujanes, siempre bajo la vigilancia del mismo Alarcon (2).

Fuerza es confesar que no tuvo nada ni de generosa ni de galante la conducta de Carlos V con el real prisionero de Madrid. Le cumplimentaba por escrito, pero no le visitaba. Dado que se le otorgara cierto material ensanche en la prision y que se le permitiera tal cual salida al campo con mas ó menos escolta, habia una cosa mas sensible que el encierro y mas mortificante que los mismos grillos, que era el desaire de no haber sido visitado por el emperador. Pasaban dias y semanas, y Carlos, so pretexto de tener que asistir á las córtes que se hallaban reunidas en Toledo (3), como si fuesen dos mil leguas y no doce las que separan á Toledo de Madrid, no hallaba ocasión de hacer una visita al infortunado monarca, tratando en este punto al huésped de Madrid como si fuese un prisionero vulgar. Cayósele con esto á Francisco de los ojos la venda de las ilusiones y de las esperanzas con que Lannoy le habia traído á Madrid. Herido y mortificado en su amor propio, cayó en una profunda melancolía, que al fin le produjo una enfer-

Carlos V á sus embajadores para tratar del rescate y libertad del rey de Francia con los de Madama la regente.—Núm. 66. Carta de Francisco I al emperador Carlos V (abril, 1525).—Núm. 67. Respuestas del rey á los artículos propuestos por el emperador para tratar de su libertad, y comunicados por H. de Moncada.—Núm. 69. Los artículos de un tratado de Paz propuestos por el rey estando prisionero en Pizzighetone, y llevados al emperador por M. de Rieux.—Núm. 71. Primera instruccion á M. D'Embrun para tratar de la libertad de Francisco I.

De alguno de estos documentos manifiesta haber tenido noticia el obispo Sandoval: Robertson sin duda no los conoció.

(1) «Concierto celebrado entre el virey de Nápoles y el mariscal de Montmorency para trasportar á España al rey y la escolta española en galeras francesas (8 de junio, 1525).» Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, núm. 88.

(2) Tres distintos lugares sirvieron sucesivamente de prision á Francisco I en Madrid. Primeramente se le puso en la torre de la citada casa de los Lujanes, que está frente á la del ayuntamiento, ó sea la llamada de la Villa, cuya torre habia sido en otro tiempo uno de los fuertes de la muralla que ceñía la antigua poblacion. Allí estuvo hasta que se le preparó una habitacion en el palacio del Arco, que hoy no existe: y últimamente se le trasladó á una torre del antiguo Alcázar, que ocupaba una parte del terreno en que se erigió despues el magnífico palacio de nuestros reyes.—Informe dado por Mr. de Lussy, arquitecto, que residió mucho tiempo en Madrid, á Mr. Rey, autor de un volumen sobre la cautividad de Francisco I.—Quintana, Grandezas de Madrid, cap. 30, pág. 336.

(3) En estas córtes de Toledo de 1525 se otorgó al emperador un servicio mayor que el de costumbre, en atención á los grandes gastos de la guerra que acababa de terminar: se hicieron algunas leyes de gobierno interior, y se le excitó á que pensara ya seriamente en casarse, para que pudiera dar pronto sucesion al reino, y se le propuso como el mas conveniente enlace el de la infanta doña Isabel de Portugal, al cual se inclinó tambien el emperador y se empezó desde entonces á tratar de él.

medad grave, y en los accesos de la fiebre se le oía prorumpir en amargas quejas, no tanto sobre el rigor de la prision, como sobre el desden y menosprecio con que el emperador le trataba. La enfermedad se agravó en términos, que llegó á infundir serios temores así á los médicos como á Fernando de Alarcon, y unos y otros opinaron que la presencia del emperador podría serle de grande alivio, y así se lo avisaron y rogaron.

Habia pasado el emperador una temporada, concluidas las córtes, distrayéndose en partidas de montería por la sierra de Buitrago, y cuando regresaba ya á Toledo alcanzóle en San Agustín, lugar del conde de Puñonrostro, un posta enviado por los médicos del rey, avisándole que si quería ver á su régio prisionero se diese prisa á caminar, porque estaba al cabo de su vida (18 de setiembre). Leyó Carlos la carta á los caballeros de su comitiva, y les dijo: *El que quisiere quedarse, quédese; y el que quisiere ir conmigo, aguije.* Y poniendo espuelas á su caballo, emprendió á todo galope camino de Madrid. Al llegar á Alcobendas, salióle al encuentro otro posta despachado por los médicos y por Alarcon, instándole á que apretara si quería hallar al rey de Francia vivo. De tal manera espoleó el emperador, que en dos horas y media salvó las seis leguas que separan á San Agustín de Madrid, y entre ocho y nueve de la noche entró en el aposento del acongojado enfermo. Llegó precisamente en momentos en que el doliente monarca experimentaba algun alivio y tenia la cabeza despejada. La escena fué interesante y tierna. Los dos monarcas se abrazaron, al parecer afectuosamente, é incorporándose en la cama Francisco, Señor, le dijo á Carlos, *veis vuestro esclavo y prisionero.* — *No, sino libre,* le contestó el emperador, *y mi buen hermano y verdadero amigo.* — *No sino vuestro esclavo,* repuso el francés. — *No, sino libre,* replicó Carlos, *y mi buen hermano y amigo; y lo que yo mas deseo es vuestra salud; é á esta se atiende, que en lo demás todo se ha de hacer como vos, señor, lo quisieredes.* — *No, sino como vos lo mandeis,* volvió á replicar el francés: *y lo que yo os ruego y suplico es que entre vos y mí no haya otro tercero.* Estas últimas palabras las dijo ya turbado y casi sin sentido (4).

Al dia siguiente repitió el emperador la visita. Pero lo que dió al postrado monarca mas consuelo fué la llegada de su hermana la princesa Margarita, que noticiosa de su enfermedad venia á ofrecerle sus fraternales cuidados, vestida con el traje de luto por la reciente muerte de su esposo el duque de Alenzon, de resultas de heridas recibidas en la batalla de Pavia. Recibióla el emperador con mucha cortesía y afectuosidad, y la llevó él mismo de la mano hasta la cámara del rey. Oyó la ilustre princesa de boca del emperador no menos dulces palabras de esperanza y de consuelo que las que habia dicho á su hermano. Pero la pronta marcha del César á Toledo hizo recelar á Francisco y á su hermana la duquesa de Alenzon de lo no muy dispuesto que aquel debería hallarse á cumplir sus bellas promesas de libertad, cuando consentia en dejar cautivo un rey moribundo.

En efecto, al dia siguiente de la partida del emperador, se agravó tanto la enfermedad del rey, que la desconsolada prin-

(4) Tomamos todos estos pormenores de un precioso libro manuscrito de la Biblioteca nacional (X, 227), compuesto por el ilustre Gonzalo Fernandez de Oviedo, el célebre historiador de Indias, con el título de *Relacion de lo sucedido en la prision del rey Francisco de Francia, desde que fué trahido á España, y por todo el tiempo que estuvo en ella, hasta que el emperador le dió libertad y volvió á Francia.*—El autor de este libro estuvo, como él mismo dice, todo este tiempo en Toledo y en Madrid, y su posicion en la corte le proporcionó ser testigo de todo lo que aconteció relativamente á la prision y estancia de Francisco I en esta villa. Da por lo tanto curiosísimos y muy interesantes pormenores sobre todo lo que ocurrió en este asunto, y su narracion tiene todo el sello y todos los caracteres de verídica.

De manera que con esta obra y con la copiosa Colección de documentos hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia, que varias veces hemos ya citado, podemos decir que conocemos lo acaecido en este notable período de nuestra historia. Sentimos que la índole de una Historia general no nos permita detenernos en multitud de incidentes curiosos y que no carecen de interés. Sin embargo, nuestros lectores podrán todavia notar en nuestra narracion algo que no habrán visto en los historiadores que nos han precedido.